PISCARIA

TRILOGÍA - PARTE 1

LA LEYENDA DE LOS LOBOS

EMILBDMIL

Durii

Aunque se han empleado nombres de **personajes ilustres** y ubicado la acción en lugares históricos, o en ocasiones se ha aludido a los mismos, atribuyéndose el autor el empleo de ciertos **anacronismos**, esto únicamente ha servido como **referencia para situar correctamente la narración**.

Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, es **pura coincidencia**. No obstante, **la realidad siempre supera a la ficción**.

Principales toques de campana que marcaban el tempo en la cotidiana vida del hombre del medievo, tanto dentro como fuera de los conventos, monasterios o iglesias:

Maitines o Vigilia	*De 2 a 2:30 de la madrugada.*
Laudes	*Coincidiendo con el alba, de 5 a 6.*
Prima	*Antes de la aurora, sobre las 7:30.*
Tercia	*Segunda oración del día, sobre las 9.*
Sexta	*Anunciaba la hora de la comida, coincidiendo con el mediodía.*
Nona	*De 2 a 3 de la tarde. Primer rezo de la tarde.*
Vísperas	*Cuando comenzaba a oscurecer, solía coincidir con la puesta del sol.*
Completas	*Sobre las 6 u 8 de la tarde, dependiendo de la estación. Anunciaba a los monjes que se acercaba la hora de acostarse. El monje se encerraba en su celda sobre las 7 de la tarde, en invierno y las 9, en verano.*
Toque de queda	*Toque que avisaba en las ciudades fortificadas y monasterios o conventos del cierre de sus puertas.*

LA HUIDA

No poseemos ni sangre noble ni hidalguía reconocida, aunque nuestro linaje se pierda en el tiempo.

No somos una familia pendenciera, ni cicatera, ni de esas que gastan sus horas en la cantina, bebiendo aguamiel hasta caer rendidos. No, nosotros preferimos invertir nuestros días en arar el terruño, en cuidar nuestras abejas y ordeñar las únicas dos vacas que poseemos.

No gozamos de venias papales, ni tenemos heráldicas adornando nuestras paredes, ni blasones engalanados de querubines y flores de lis, ni armas y aceros colgando de nuestros muros. No. Los únicos hierros, ajados y herrumbrosos, que encontrarás en nuestra morada, son el arado, el dalle y la azada y todos ellos mellados por el uso.

Vivimos en una humilde casa, en el camino de la Vega, en un claro a orillas del río Ebro. Una chabola elaborada con cantos rodados y madera de roble viejo que Jeromo, único varón de la familia, construyó junto a su padre, hace muchas, muchas primaveras. Por desgracia, su padre murió antes de ver nacer a su hija. Tal vez fuera un castigo divino o simple providencia o tal vez un oscuro presagio. En verdad que no lo sé, pero lo que sí sé es que la historia siempre tiende a repetirse.

En esta casa, Jeromo convive con su esposa, Fátima, con su suegra, Elvira, con una joven burra a la que su mujer llama «Princesa», con una pareja de vacas que les llevó los ahorros de toda una vida y con varias gallinas que cada amanecer cacarean alborozadas esperando que alguien les abra las puertas del corralito.

Todo el mundo en Piscaria nos conoce, somos los Alcalá.

Aunque no siempre ha sido ese nuestro apellido. Mis antepasados vinieron a estas tierras castellanas allá por el siglo VIII, con los primeros conquistadores árabes. Por aquel entonces nos apellidábamos Al-Qualat. Hace ya muchos siglos que tuvimos que cambiar nuestra fe y nuestro apellido, si queríamos conservar la vida. Ahora rezamos a otro dios, al menos en público, y nos apellidamos Alcalá.

Sí, todo el mundo nos conoce, sobre todo a las dos mujeres que conforman la familia. Damas de extraordinaria belleza, según afirma el populacho. La mayor de ellas y esposa de Isam se llama Elvira, ahora es viuda y domeña las plantas como nadie. Tal vez sea por esa sabiduría que posee que los incultos decidieron ponerla un mote: la conocen como «la Bruja». De otro lado está su hija, Fátima, quien rondaba las veinte diecisiete primaveras cuando se desposó, hace ahora

catorce meses, con Jeromo, el hombre más feliz de la tierra.

Los pesqueranos conocen bien a Fátima, no solo por su extraordinaria belleza, sino también porque es la hija de Isam Alcalá, «el Moro», la hija de la Bruja, quien, además de elaborar pociones de amor y ungüentos curativos, conoce los entresijos de la alquimia. Por eso le llaman «la Morita».

Lo dicho, aunque nuestro apellido, sea este el viejo o el no tan viejo, y nuestra familia lleve más de setecientos años asentada en estas tierras regadas por el Ebro. Aunque sigamos trabajando los campos, roturando los terrones infectados de pedregal y dejándonos la piel para obtener el escaso alimento que esta yerma tierra nos da. A pesar de todo esto, nuestros descendientes siempre se les trató como extranjeros y, peor aún, como herejes.

¡Cómo si amar a otro dios fuese un imperdonable delito!

Cierto día, no hace muchos años, la Inquisición se llevó a Isam, «para interrogarle», dijeron… Ya nunca más se supo de él.

LA SERNA

Intención vil y desalmada
la de quien acechando en la penumbra
irrumpe en morada ajena,
y como traicionero Judas,
en tan señalada fecha,
a grito de «aparta bruja»,
de los pechos de la madre arrebata
a su recién nacida criatura.

Piscaria, año de Nuestro Señor de 1502

—¡¡JEROMO!! ¡¡JEROMO!! —gritaba Elvira asomando la cabeza por el ventanuco que daba al almendro seco. Rugía con todas sus fuerzas, esperando que el eco de su voz rebotara entre las rocas y recorriera las laderas del Alcidón hasta llegar a oídos de su yerno.

—¡¡JEROMO!! —insistía.

—¡¡JEROMO, JEROMO!! —repetía incansable el eco.

Jeromo se encontraba en su humilde dujo, cerca de la ermita de San Julián, a menos de media legua de su casa, recogiendo la rica miel que las trabajadoras abejas le regalaban. En cuanto escuchó el tenue eco de esa llamada, reposó el ahumador sobre el viejo banco de madera, se quitó el vendaje con el que protegía su cabeza, se caló su capelina negra hasta las cejas y corrió sendero abajo, hacia su casa.

«Espero llegar a tiempo», jadeaba mientras esquivaba de un salto el muro de piedra que protegía sus colmenas y se encaminaba veloz por el sendero de Arroyo Fuentes.

Jeromo abrió la puerta con nerviosismo.

Tumbada en un jergón, descansaba su mujer, quien estaba a punto de dar a luz. Incluso así, con la cara enrojecida por el esfuerzo, con las gotas de sudor recorriendo sus sienes, con su pelo azabache enmarañado y el rostro henchido de dolor, Fátima seguía siendo la mujer más hermosa de toda la comarca.

—¿Ya? —preguntó Jeromo mirando a su suegra, quien permanecía reclinada sobre el camastro donde descansaba la parturienta.

Jeromo estaba tan nervioso que no se dio cuenta de la presencia de Juliana, la curandera del valle, una mujer que dejó de contar su edad por años para pasar a contarla en lustros. La anciana se hallaba reclinada sobre el lar, avivando el fuego con trozos de encina, calentando una puchera de agua tibia. Levantó la cabeza y, con la mirada vacía, pues desde hace varias décadas que sus ojos dejaron de ver lo que no le interesaba, le dijo a Jeromo:

—¡Relájate hombre!, que ni es el primer niño que viene a este mundo, ni será el último.

Da igual lo que dijera la anciana, Jeromo seguía nervioso. Este iba a ser su primer hijo. Le temblaba el pulso, su corazón latía demasiado acelerado…

—Estate tranquilo, esposo mío… Que al final me vas a poner nerviosa a mí también —trató de tranquilizarle su mujer desde el lecho, concediéndole una dulce mirada. Le extendió la mano y Jeromo la acarició con ternura.

—¿Qué tal estás, amor mío? —preguntó Jeromo.

Fátima iba a responderle cuando una punzada en su vientre habló por ella.

—¡Ug! —exclamó de dolor.

—Decidme… ¿Qué hago? —suplicó Jeromo buscando con su mirada a su suegra.

—¡Ven aquí y vierte esta agua en el barreño! —le respondió la anciana.

—Aguanta, mi niña. ¡Ya veo su cabecita! Un último esfuerzo. ¡Vamos, mi cielo! —animó Elvira a su hija.

Con dulzura, Elvira retiró un rizo de pelo que colgaba sobre la frente sudorosa de la parturienta, le dispensó un tierno beso en la mejilla y se reclinó a los pies del camastro. Elvira era una mujer de poco más de cuarenta años, viuda desde que el Santo Oficio, a traición, le arrebatara a su esposo. Poseía las duras facciones propias del desgaste que el campo produce en quien lo trabaja. Su pelo era negro como el azabache y, desde hacía años, lo llevaba recogido en un moño. Con solo ver su rostro se descubría de dónde le advenía a su hija, Fátima, tanta hermosura.

Un penetrante dolor, que solo una futura madre podría soportar, recorrió la columna de Fátima y le obligó a cerrar los puños y apretar sus dientes.

—¡Ug! —volvió a quejarse.

—Respira fuerte y empuja. Empuja que ya veo su cabecita

—le insistió Elvira.

—¡Tened cuidado…! El diablo se acerca —murmuró la curandera con voz de ultratumba. Se incorporó y, apoyándose en el quicio de la chimenea, elevó sus ojos ciegos al techado. Quizá buscando la presencia de ese espíritu maligno, se acercó al camastro. Elvira estaba tan ensimismada en ayudar a traer al bebé al mundo que no escuchó esa advertencia.

En ese momento se oyó el llanto de un bebé.

—¡Es un niño, un precioso niño! —exclamó Juliana mientras cortaba con una navaja el cordón que unía a madre e hijo. Luego, lo envolvió entre paños y se lo entregó a Fátima.

La madre lo arrulló en sus brazos.

—¡El diablo está cerca! —repitió la anciana.

El sonido de unas pisadas, acercándose a la casa, atravesó las paredes de piedra. Un hombre, tuerto, con un parche en el ojo derecho y con el rostro marcado por incontables batallas, dio una patada a la portilla y se adentró en la vivienda. Le siguieron dos hombres, ataviados con enseñas militares y reluciente acero.

—¡Todo lo que sus nace en la serna es propiedad del Señor! —dijo, parándose en el centro de la habitación y llevando su diestra al pomo de su espada, el cual tenía la forma de una cabeza de cuervo. Sus secuaces lo imitaron.

Sin añadir ningún comentario más, apartó de un empellón a Elvira, se aproximó a la parturienta y, con un brusco movimiento, le arrebató el bebé de sus brazos.

—Ese es mi hijo, suéltalo, malnacido. No tienes dere…

—perjuró Jeromo, lanzándose contra el intruso.

Pero el tuerto era ducho en el oficio de matar. Con rapidez, desenvainó su espada y, antes de que Jeromo terminara de decir su última palabra, lo ensartó como se ensarta al pichón antes de ser llevado a la brasa. Instantes después, y ya con el último aliento huyendo de su garganta, Jeromo cayó al suelo. Un borbotón de sangre mancilló el yermo entablillado de la habitación.

Elvira intentó reaccionar, tratando de socorrer a su yerno, pero uno de los secuaces la retuvo, acomodando su daga en el cuello. Un incipiente reguero de sangre recorrió el acero.

—Déjalo que muera como el sucio perro que es o serás tú quien le acompañe —rio el secuaz.

Elvira sintió el frío acero clavándose en su piel, lo único que pudo hacer fue maldecir para sus adentros mientras hundía sus ojos en las pupilas de ese esbirro, las tenía negras y frías, negras como un pozo sin fondo, frías como el corazón de una alimaña. A la mujer no le quedó más remedio que permanecer inmóvil, viendo como su yerno se desangraba y moría.

Sin mediar más palabras que las dichas, el tuerto limpió el acero con la colcha de lana que cubría la cama y lo enfundó en su vaina. Miró a las mujeres con desprecio, se llevó el bebé al pecho, lo atenazó con fuerza y abandonó el deshonrado hogar.

Cuando el sicario retiró el filo del cuello de Elvira, esta vio en sus ojos el mismo desprecio con el que mira una víbora cuando sabe que ha inoculado su veneno sobre su presa.

Era una mirada que nunca olvidaría.

Los matones siguieron a su jefe, ofreciendo a las mujeres su mirada más hostil. Fátima no supo por quién llorar, si por la pérdida de su marido o porque le acababan de arrebatar a su recién nacido. Aún sentía su calor dentro del vientre, aún escuchaba su tenue llanto perderse en la distancia, llanto que ella confundía con una llamada de auxilio.

Trató de incorporarse, pero sus piernas flaquearon.

—¡Escuchad…! No oís… Es el sonido de un ángel quien ahora llama a vuestra puerta—dijo Juliana con la mirada perdida en algún punto del infinito.

—¡Madre! Mi tripa… Me duele mucho —lloró la parturienta como si hubiese sido ella quien sufriera la mortal estocada.

La madre volvió a tumbarla sobre el colchón y le refrescó la frente con un paño húmedo.

—¡El ángel ya está aquí! —repitió Juliana mientras se acercaba a Fátima y espolvoreaba unas cenizas sobre su vientre desnudo. Una vez realizado este acto, abrió la puerta y, con paso renqueante, abandonó la morada, murmurando esa misma frase, la cual se fue perdiendo en la distancia:

—¡El ángel ya está aquí! ¡El ángel ya está aquí!

—Hija, empuja. Creo que viene otro retoño —dijo su madre extrañada. Tras fuertes esfuerzos, nuevos gritos y empujones, una delicada cabeza del color del fuego emergió entre sus piernas.

—¡Es una niña! —exclamó Elvira llena de gozo—. ¡Una preciosa niña!

Elvira limpió a la recién nacida y, una vez aseada, se la entregó a su madre. Pese a la cara de paz que ahora dibujaba el semblante de Fátima, esta no olvidaba que a escasos pasos de su lecho yacía el cadáver aún caliente de su marido y que su hijo le acaba de ser arrebatado de sus propias manos.